



29 de julio de 1881¹

Virtudes de Santa Marta y enseñanzas de su vida

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Una de vosotras me ha pedido que hable hoy de Santa Marta. Me complace hacerlo, porque siento una gran devoción por esta santa. Sin embargo, me resulta difícil hacerlo después del hermoso sermón del abate Tardif sobre el mismo tema. Tomaré de otra manera algunas lecciones que podemos aprender de la vida y la historia de Santa Marta.

En el último Evangelio, el de la resurrección de Lázaro, me centraré primero en la primera palabra: *Jesús amaba a Marta*, lo que nos puede dar una especial devoción a Santa Marta. *Jesús amaba a Marta y a su hermana, y a Lázaro*². Notad que es Marta, y no su hermana María, la que se coloca en primer lugar. Todo el mundo diría: *Jesús amaba a María y a su hermana Marta*. Pero el Evangelio no lo dice así.

La misma palabra se dice de otro, un apóstol que está junto a San Pedro, y ésta es su gran gloria: es Juan, el discípulo a quien Jesús amaba. Los Padres buscaron la razón de este amor particular de Jesús por Juan, y dijeron que era por la prerrogativa de la virginidad que este apóstol había conservado. Marta parece haber gozado de la misma prerrogativa. Era virgen, era pura, y por eso Jesús la amaba.

También amaba a María: había en ella un amor tierno y ardiente que atraía a Jesús. Pero amaba a Marta porque era virgen: ésta es una de las características de esta santa y una de las razones por las que Jesús la amaba. Es también una de las razones de la luz de doctrina que admiramos en santa Marta. De los puros de corazón se dice que ven a Dios. Porque ella tenía un corazón puro, podía ver las cosas de Dios. Hay, sin duda, otra razón por la que Jesús amaba a Marta, María y Lázaro.

La primera de todas las virtudes morales que podían existir entre los judíos, que existía allí en grado eminente, que puede existir aun después de las seducciones del pecado y de los devaneos de la juventud, la virtud que debe dominar todas las cosas, puesto que tiene a Dios directamente por objeto, es la virtud de la religión. Marta, María y Lázaro, para que Jesús se hubiera acercado a ellos, debían sobresalir en esta virtud.

Hace tiempo que insisto en ello. Esta virtud es por excelencia la que debemos tener nosotras, las religiosas: relacionarlo todo con Dios, tener un profundo respeto por nuestros votos, porque son actos de religión. El día que los pronunciamos, fuimos consagradas a Dios, como el obispo consagra el cáliz, el altar o la iglesia, como, por un sacramento distinto, consagra al sacerdote. Nosotras, por nuestros votos, estamos consagradas a Dios. Son un sacrificio completo de todo nuestro ser, y hasta tal punto un acto de religión que

¹ Fiesta de Sta. Marta.

² Jn 11, 5.

no podemos faltar a ellos, sin faltar no solamente a la virtud prometida, sino también haciendo un acto contra la virtud de la religión.

Entre los judíos existía la virtud de la religión. Tenían tradiciones admirables a este respecto. Para mostraros que esta virtud puede existir incluso en aquellos que han pecado, mirad a David. Si leéis sus salmos, veréis por todas partes la virtud de la religión, el honor de Dios, su gloria, el culto que se le debe, por todas partes la fe, la esperanza, el amor, la sumisión, la adoración. El salterio de David es un himno en el que la virtud de la religión se eleva sin cesar hacia Dios. Y, sin embargo, David era un gran pecador.

Os doy mi propia idea, pero me parece que para que Jesús hubiera amado a esta familia de Betania, tenían que haber conservado las tradiciones de Abraham, Isaac y Jacob, las tradiciones de todos los grandes hombres y de todos los profetas que, en el pueblo de Dios, estaban llenos del espíritu de la religión. Cuando estudiáis las grandes figuras de la Sagrada Escritura, ¡admirad qué religión! ¡Cómo Dios es el objeto constante al que aspiran! ¡Cómo creen, cómo adoran, qué religiosos son de pies a cabeza! Dondequiera que van, erigen un altar y ofrecen un sacrificio. Me gusta pensar que esta familia había heredado el espíritu religioso de los patriarcas y de los profetas, y gracias a esta virtud, Jesucristo se les dio a conocer y les trajo la verdad.

Pasemos ahora al segundo punto. Hay una palabra en el Evangelio sobre Santa Marta, que es la que siempre se le reprocha: es la reprensión que le dirigió el Señor: *Marta, Marta, te preocupas y agitas por muchas cosas. Sólo una es necesaria*³. Estas palabras contienen varias lecciones para nosotras, hermanas mías, y no me molesta insistir en ellas.

En primer lugar, notaréis que Santa Marta tomó bien la lección de Nuestro Señor. Era un reproche doloroso que salía de la boca de Jesús, a quien ella amaba. Se lo hizo delante de todos: delante de los judíos que estaban allí, y delante de los apóstoles que ciertamente no eran tiernos antes de haber recibido el Espíritu Santo. El Evangelio no dice que Marta contestara nada. No se disculpó. Vemos en la Sagrada Escritura a otras personas que se disculpan, como Adán y Eva. En el caso de Marta, recibió el reproche y lo aceptó.

Se deja enseñar y lo aprovecha. La lección que le enseñaron quedó tan arraigada que, más tarde, se escribieron las siguientes palabras en su lápida: *Llena de solicitud, sin turbación*⁴. Era solícita, una solicitud que brotaba de su caridad y del ardor de su carácter; se preocupaba de hacerlo todo bien. Se interesaba por todos los que se le recomendaban, pero ya no se turbaba. Nuestro Señor le había enseñado a no turbarse. Había aprovechado admirablemente la lección. Ésa es la primera lección que una religiosa tiene que aprender.

Hay una segunda. Después de decir: *Marta, Marta*, etc., Nuestro Señor añade: *Sólo una cosa es necesaria*⁵. Considerad esto. En la parte que dedicáis a la contemplación, ¿podéis, hermanas mías, haceros justicia a vosotras mismas, que sois *una*, absolutamente sencillas, que no os preocupáis de muchas cosas? Hablo aquí de la vida espiritual. En la vida espiritual, ¿no os multiplicáis en torno a un número infinito de cosas, mientras que sólo una os es necesaria, adorar a Jesucristo, amarle, hacer su voluntad? Estas tres cosas son una sola. La adoración y el amor se unen para cumplir la voluntad de Dios, única preocupación del alma. *Es lo único necesario*.

Os aseguro, hermanas mías, que hay personas que se ocupan de los deberes de esta vida presente, que trabajan todo el día, que tienen un empleo u otro, que tienen esta unidad de voluntad y de adoración, y para quienes *vivir es Jesucristo*⁶. En cambio, os puedo asegurar que hay personas que dedican más tiempo a la oración, que necesitan confesarse, que tienen un director, que leen mucho, que acuden con frecuencia a los sacramentos y que

³ Lc 10, 41-42.

⁴ *Sollicita, non turbata*.

⁵ *Unum est necessarium*.

⁶ Fil 1,21.

multiplican las cosas en torno a las cuales giran, que tienen infinidad de preocupaciones, de *si*, de *qués*, de *peros*. Nuestro Señor quiso dar aquí una lección a todos, en esta hermosa unidad del alma que se esfuerza por escuchar a Dios y hacer su voluntad. Nuestro Señor mismo lo dijo: *El que me escucha hace la voluntad de Dios*. Esto es *lo único necesario*.

Tenedlo muy en cuenta, hermanas mías. Aunque no os levantéis siete veces al día como Santa Magdalena en la roca de Sainte-Beaume⁷, Dios quiere de vosotras esta unidad. Quiere que tanto en el orden espiritual como en el temporal, vivir sea para vosotras Jesucristo. Algunos dicen de ciertas personas: para él, la caza es su vida; la ciencia es su vida; el estudio es su vida. En otras palabras, la primera preocupación, todo lo que le interesa, se remonta a esto. En este sentido, podemos decir que Jesucristo es nuestra vida. Trabajamos para él, buscamos su voluntad y queremos seguirla. Esa es nuestra *única necesidad*.

Nuestro Señor añade: *María eligió la mejor parte*⁸. Estas palabras están llenas de misterios. San Agustín las aplicó a las dos vidas: la vida bienaventurada y la vida del tiempo. En la primera, ya no hay problemas; es la más feliz. En la otra, te dedicas a ti misma, buscas a Jesucristo a través de tu trabajo. Esto conduce a la dicha eterna. Toda la cuestión es que en esta vida del tiempo el alma ora, adora, y está en *lo único necesario* por el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Por mi parte diré esto, que es necesario: nuestro Señor detesta que se moleste a los que rezan. Os lo he dicho muchas veces. Cuando alguien está a los pies de nuestro Señor, por favor, no le molestéis, es una impertinencia para nuestro Señor que escucha a esa alma y le habla. Marta estaba inclinada a hacer esto. Quería que su hermana la ayudara y que hiciera lo que ella misma hacía.

No caigáis en esta falta. Trabajad duro por el bien de Jesucristo. Aunque tengáis mucho trabajo, si vuestra intención es muy pura, muy recta, si no os separáis del espíritu de oración, no perderéis nada. Lo decía Santa Teresa, que sabía muy bien de lo que hablaba. Que las que tienen trabajo -decía-, que son porteras, enfermeras o cocineras, que están todo el día ocupadas, no piensen que pierden nada. Se equivocarían mucho. A menudo he visto a personas que en las fundaciones habían estado muy ocupadas, más adelantadas que tales o cuales hermanas que habían permanecido tranquilamente en sus celdas. No se trata de estar aquí o allá, de hacer esto o aquello. Santa Marta podría haberse beneficiado de la visita de nuestro Señor, tanto como Santa Magdalena, si no se hubiera quejado y dicho a su hermana: «¿Por qué estás ahí sin hacer nada?»

Santa Teresa decía que las almas contemplativas tienen mucho que sufrir, y que una de sus mayores pruebas es que la gente piense que pierden el tiempo. Incluso en el fondo del Carmelo ocurre así. Aparte de las hermanas que tienen trabajo, y tiene que haber enfermeras, porteras y demás, si un alma a la que el Señor atrae más particularmente dedica más tiempo a la oración, por voluntad de las superiores, las demás hermanas piensan que está perdiendo el tiempo. Y así ha continuado desde santa Marta hasta nuestros días.

No hagáis esto: debéis amar a Nuestro Señor lo suficiente como para alegraros cuando un alma le dedica más tiempo y encuentra a sus pies el gran bien de una unión más íntima con Él. No os preocupéis por esto: las superiores están obligadas a hacerlo. Su deber es saber si es el espíritu de Dios o su propio espíritu el que guía a estas almas, si es vanidad o pereza, y qué fruto obtienen de la oración prolongada. Pero no dejéis nunca que un alma con la virtud de la religión se interponga entre Jesucristo y el alma que ha elegido.

⁷ En Provenza, donde la tradición dice que María Magdalena habría pasado largos años de oración y de penitencia.

⁸ Lc 10, 42.

Él os ha elegido a todas de una u otra manera, como eligió a Santa Marta y a Santa Magdalena. No soy yo quien quiere decidir cuál es la más santa de las dos. No hago distinción entre ellas. Santa Marta me parece tan santa como Santa Magdalena. Nuestro Señor os ha elegido. Al elegirlos, os dio algo que hacer. En su momento, la culpa de Santa Marta fue que murmuraba. Murmurar nunca agrada a Dios. Ella quería que otro hiciera lo que ella hacía, lo cual no era asunto suyo; eso lo decidía Nuestro Señor. Se equivocó al quejarse. Las almas que se quejan son siempre imperfectas, mientras que las que obedecen y se dejan guiar están siempre seguras de estar en el buen camino.

Estas son las tres cosas que quería decir sobre la reprensión⁹ de Nuestro Señor.

Paso ahora a la gran gloria de Santa Marta, a su hermosa y magnífica confesión de fe en la divinidad de Jesucristo. Decía al principio que las palabras *Jesús amaba a Marta* parecían establecer alguna conexión entre San Juan y Santa Marta. Ambos bebieron el cáliz de la confesión, sin morir a manos de los verdugos. Marta fue puesta con su hermano y su hermana en un barco sin velas, sin remos, sin aparejos, en el inmenso mar. Estaba allí para morir, y Jesucristo la salvó. Del mismo modo, San Juan fue arrojado a un caldero de aceite hirviendo. En lugar de morir, salió más joven y más fuerte. Ambos sufrieron por la fe de Jesucristo y ganaron la palma del martirio sin morir en medio de los tormentos. Así que sigue existiendo esta conexión entre San Juan y Santa Marta.

En carácter, está más cerca de San Pedro. ¿Cuál era la gloria de San Pedro? Fue que dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*¹⁰. Una mujer sencilla, con el ardor de su fe y de su amor, hizo una confesión no menos bella. Cuando, después de la muerte de Lázaro, oyó que Jesús iba a su encuentro, se levantó, recorrió media milla para ir a su encuentro y, arrojándose a sus pies, le dijo: *Señor, si hubieras estado allí, mi hermano no habría muerto, y Jesús le respondió: El que cree en mí vivirá. ¿Crees en esto? Ella respondió: Sí, Señor, lo creo. Tú eres el Hijo de Dios*¹¹.

He aquí una palabra que no dijeron los apóstoles como San Pedro y que dijo Santa Marta. Sus ojos puros, ayudados por su virginidad, penetraron en el misterio. Su boca grabó en el Evangelio las palabras que serán pronunciadas ante nuestros restos mortales, palabras, como decía el abate Tardif de Moidrey, que nos harán temblar hasta el fondo de nuestro ataúd.

Esta fe viva y ardiente de Santa Marta, ¡ay! es una virtud que se está volviendo rara. La fe desaparece. La nuestra debe ser, por tanto, más viva, más ardiente. Debemos consolar a nuestro Señor desde el punto de vista de la fe. La virtud de la religión, que debe estar en nosotras como estaba en la gente de Betania, debe florecer en actos de fe. El don de la fe que Dios nos ha dado debe conservarse y acrecentarse. Hay que utilizarlo para conocer mejor a Dios, para conocerlo como nuestro Salvador, para amarlo, para adorarlo. Este es uno de los fundamentos de la devoción a santa Marta. Por su intercesión, debemos pedir una fe viva para nosotras y para los demás.

En el relato evangélico de la muerte de Lázaro, el abate Tardif comenta que, en su caridad (pues tenía una caridad muy tierna y afectuosa), Marta, durante su conversación con Nuestro Señor, pensó que su hermana no participaba de su consuelo. Inmediatamente salió rápidamente, recorrió la media milla que la separaba de Santa Magdalena y vino a decirle: *El Maestro está aquí y te llama*¹². Esta es una de las palabras que más hablan al corazón.

⁹ « Répréhension » : palabra empleada por madre María Eugenia

¹⁰ Mt. 16,16.

¹¹ Cf. Jn 11, 21-27.

¹² Jn 11, 28.

Cuando la oímos, cuando nuestro confesor, la persona en la que confiábamos, nos dijo: «El Maestro te llama, tú tienes realmente vocación», nos conmovimos hasta lo más profundo del alma. Esta es una de las palabras más místicas y tiernas que jamás haya pronunciado una figura evangélica, y fue Santa Marta quien la dijo. Que ella la diga a menudo a nuestros corazones, que nos haga comprender que el Maestro está ahí y que nos llama.

Nos ha llamado por vocación. Nos llama cada día a la perfección, a su mantenimiento, a la unidad, a la virtud de la religión. Nos llama sin cesar, para entrar más profundamente en nuestras almas, para unirnos a él, para atraernos a su amor. Debemos demostrarle que queremos seguirle, como las santas mujeres, y que no queremos ser menos devotas, ni menos fieles, ni menos ardientes.